

REPÚBLICA DE CUBA • MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Publicaciones  
para Maestros

5

H. ALMENDROS

# Carta a un Maestro de una Escuela Rural



LA HABANA, 1960 • "AÑO DE LA REFORMA AGRARIA"

## SERIE DE FOLLETOS PARA MAESTROS

1. LAS COOPERATIVAS ESCOLARES
2. TÉCNICAS ESCOLARES MODERNAS
3. LECTURA GLOBAL IDEAL
4. EN TORNO A «LA EDAD DE ORO» DE JOSÉ MARTÍ
5. CARTA A UN MAESTRO DE UNA ESCUELA RURAL

Los folletos de esta serie, que se envíen a las escuelas, deberán quedar en ellas. El Maestro o Director que reciban uno de estos folletos, deberán incluirlo en el registro de libros de la biblioteca correspondiente.

## Carta a un Maestro de una Escuela Rural

No, mi joven y buen amigo, no está fuera de lugar ni es excesiva tu carta. ¿Cómo va a parecerme impertinente? Por el contrario, yo la tengo como preciosa muestra del entusiasmo mezclado de perplejidad que caracteriza a muchos de nuestros maestros de las zonas campesinas. Yo te siento en ella, en tu carta, en la que me llegan vivas tus inquietudes y tus dudas. Y ese estado de ánimo tuyo me hace revivir aquel mío, de muchos años ya, de maestro novel en un valle cantábrico, agrícola y ganadero.

Y me dispongo a escribirte, y será mi escrito breve o largo, según salga. Dejar en silencio una carta como la tuya, sería desconsideración imperdonable.

Me doy cuenta de tus vacilaciones, pero también se trasluce en toda tu carta un ánimo de firme confianza, y ésta es prenda suprema que promete y que salva. Te muestras un tanto descorazonado, porque no ves fácil el fruto de tu trabajo para mejorar las condiciones de vida de los que viven contigo en tu barrio campesino. Yo te comprendo. Bien seguro puedes estar del amplio elogio que merece el maestro que, como tú, tiene conciencia de que ha de echarse sobre los hombros, además de la obra educativa con los niños en la escuela, aquella otra de influencia, de ayuda, de educación con los adultos en la circunstancia misma de su vida. Tú comprendes bien que son ambos frentes de acción como caras de una misma moneda, o mejor, como funciones de un mismo organismo: escuela y comunidad, fundidas y en íntima dependencia.



hasta el punto de que no cuaja la acción en una de ellas, si no interviene y no toma parte la energía del organismo entero.

Te digo que comprendo tus momentos de desánimo en el duro bregar y en la medida que inevitablemente has de hacer de tus fuerzas, al compararlas con la mucha necesidad y hasta con la miseria que te rodea. Bien que te afecta tanta pobreza, y bien vivamente te dueles de ella cuando de ella me hablas.

Aunque con evidentes y notables diferencias, me recuerda tu caso el de muchos sencillos y valerosos maestros a los que una mística de educación de la comunidad—harto idealista en muchas circunstancias—ha desparramado por comarcas de nuestra América, con la misión de elevar a planos superiores de vida a grupos humanos olvidados, que en los campos se debaten en una existencia casi primitiva, de dramática miseria. Con sello y obsesión de verdad revelada, que se acepta con actitud extática, se ha extendido el principio que hace al humilde maestro, aunque no tenga a nadie más a su lado, agente directo y responsable del mejoramiento económico, sanitario, cultural, social... de los caseríos y los pueblecitos rurales.

Se comprende el angustiado bracear del buen hombre educador, cuando a tanto se le apura, para enderezar y mejorar todo eso en la mísera comunidad campesina, él solo en el empeño, mientras unos y otros se dedican a mantenerla hundida, explotándola a mansalva.

No; no pienses, amigo mío, que yo me resisto a comprender y aceptar la grandeza de ese noble propósito; por el contrario, yo sé bien que es anhelo humanísimo, y sé además que, en lo que toca a la obra del maestro en la escuela, ni siquiera se concibe que pueda hacerla valiosa, si no es como parte y sumando de una acción total en el grupo humano. No niego, sino que afirmo que el maestro ha de tener por esencial aquella acción en la comunidad; pero hacer así depender de él, en todo caso, toda esa mejora de la vida y del medio campesinos, y de su ayuda, y de su voluntad aliada a la mansa voluntad de los pobres explotados que lo rodean, no deja de ser una falacia que a veces encubre designios interesados o actitudes cobardes y que ha sido causa de abatimientos y escepticismos.

Tú mismo te sientes en tu escuela, sola, atormentado por esa responsabilidad a la que no puedes responder con suficiencia. Y yo

te digo lo anterior para avivar tu ánimo y no para adormecértelo, pues, además, puedo decirte esto que te servirá de estímulo: espera confiado mientras te preparas. Aquí, en nuestro país, ahora, se puede mantener firme la esperanza; aquí sí que podrá el maestro actuar con entusiasta y confiado ánimo, porque su acción en la comunidad, esa que es parte esencial de su trabajo, tendrá un sincero y claro sentido, sin desorbitaciones ni ademanes ilusorios; ahora va a tener a su lado ayuda y justicia reales para preparar y asentar el progreso que a los campesinos ha de llevar la Reforma Agraria y, en general, la acción tan humana y tan justa de la Revolución.

Yo te puedo anunciar que se están estudiando estructuras y que ya se forman comisiones y equipos en que colaboran los Ministerios de Obras Públicas, Salubridad, Asistencia Social, Agricultura, Educación y Comunicaciones, la Junta Nacional de Planificación y el Instituto Nacional de la Reforma Agraria, para llevar a los barrios y comunidades rurales una ayuda positiva de progresos y bienes, en los que el maestro ha de enseñar a intervenir a niños y adultos, para que bienes y progresos perduren y se establezcan en la vida comunal, y para que se acrecienten.

En ningún país, como en el nuestro ahora, ha de apercibirse el maestro, con ánimo confiado, para una labor en su escuela y en la comunidad, que coincida con las realizaciones e ideales sociales y económicos de una reforma agraria a fondo. En ningún otro país como en el nuestro habrá de prepararse a poner su trabajo al compás del cambio de las condiciones materiales de las comunidades, y del surgir de otras nuevas al impulso de las organizaciones cooperativas que lleva adelante la Revolución.

Por eso te digo que puedes prevenirte confiado para esa tu ilusión de educador de nuestro pueblo, pues te ha de llegar la ayuda y has de encontrar apoyo en condiciones de una situación más justa para tus campesinos, en la que podrás tú, como maestro, actuar para afianzarla y hacerla progresar.

Te preocupa, como joven maestro principiante, el acertar en tu obra de educador rural, y hay en tu carta varias alusiones al carácter que habrá de tener la educación en general en las zonas campesinas, y al que debes imprimirle especialmente a tu trabajo en tu escuela y en tu medio. Varias veces te refieres a un cierto

carácter diferencial que la escuela rural ha de tener y que procuras tú encontrar en tu quehacer diario, tanteando y sin claro rumbo. Como me pides opinión y consejo, no puedo negarme a decirte mi criterio, siquiera sea en el espacio por fuerza limitado de una carta; si, como creo, no ha de distar mucho del que tú tengas, el que yo pueda ofrecerte quizás te valga al menos por ser testimonio de mi experiencia lejana, según te dije, y como conclusión muy general de observaciones y reflexiones posteriores.

Insuficientes y con radicales deficiencias, tú bien lo sabes, hemos tenido y tenemos escuelas rurales que, salvo excepciones, han vivido arrastrando su condición desarraigada del medio en que han actuado y su función artificial, como de órgano postizo. Nuestra escuela rural no ha tenido más norma ni se ha orientado por otras directrices y otras técnicas de trabajo que por las que ha tomado de la tradición pedagógica rutinaria, apoyada en planes y programas generalizadores, dispuestos para una escuela abstracta, concebida esencialmente como escuela de las ciudades. Y así han funcionado, en general, con leves escapadas quizás de las normas escolares generales y tradicionales.

Tú piensas, sin duda, como yo, que aparte la penuria escandalosa de medios materiales con que se ha hecho desprecio de nuestras escuelas, el que hayan funcionado las de nuestros característicos medios rurales con un estilo imitado de la escuela abstracta más o menos urbana, es, además de un descomunal despropósito pedagógico, un tremendo fraude humano, social.

Las escuelas rurales han formado a los alumnos con objetivos y normas de una educación bastarda, desvitalizada, sin raíz y sin nervio; y ese hecho desdichado no debe continuar; los maestros tenemos que poner nuestro empeño en remediar eso. Va en ello nuestra reputación de educadores y, lo que es más importante, la formación o la deformación de nuestros hombres campesinos y el firme progreso de las comunidades rurales.

Tenemos que plantearnos la cuestión en esos términos, porque si uno reflexiona hoy en el asunto de los objetivos a que ha de atenerse la escuela rural de nuestro país, no se descubren otros más inmediatos y necesarios que éste que en tesis más amplia señaló

como inmediato el Ministro para nuestra educación nacional: *Sin descuidar la ayuda al actual guajiro adulto, la escuela rural ha de proponerse formar los hombres del campo, de la generación inmediata, que sean capaces de estabilizar, consolidar y llevar adelante los progresos sociales de la Revolución, cuyas bases están echando con su trabajo los hombres de hoy.*

Ya ves, amigo mío, en qué venimos a cifrar nuestra responsabilidad de educadores: en contribuir a formar al hombre campesino de esa generación, capaz y digno de su misión social. Se dice, sí, pronto y con seguridad; pero no es tarea que se plantea y se lleva a cabo alegremente y con la soltura con que se pone mano en lo ya comprendido y resuelto. Hay para ello que despojarse de muchas ideas rutinarias y sin sentido, en las que la inercia del pensar nos hace seguir creyendo.

¡Ayudar a la formación del hombre del campo desde niño! ¿Cómo? ¿Del mismo modo que en general se ha venido haciendo hasta ahora? ¿Sustrayéndolo a sus intereses y a sus sentimientos, suplantados con ideas, emociones y trabajos escolásticos que no son de su mundo ni de su experiencia? ¡Qué grave error y peligrosa subversión se hace con enseñanzas formales, sin raíz en la realidad, que amenazan con deformar—y a veces lo consiguen—el recio sentido común, el esencial buen sentido que el campesino adquiere espontáneamente, con la natural experiencia en su vida!

Aunque no te diga nada nuevo, quiero que recordemos aquí esto: un educando no es sólo naturaleza, ni esa imagen estúpida de la cera que el maestro puede moldear a su antojo—¡qué soberbia y ridícula pretensión!—; el individuo no es sólo naturaleza; es naturaleza biológica, y es además, mundo natural, y es además, mundo social. Todo ello junto, en unidad indisoluble. Ahí está el hombre rodeado del mundo exterior en el que se forma y con el que se conforma; y está ahí en torno suyo, desde que nace, tejiéndole también el espíritu, penetrándole los poros del alma a todas horas, el medio social, el medio cultural en el que se ha nacido y en el que crece. Y si se trata de distraer, de seccionar y arrancar artificialmente uno de esos mundos fundidos en la persona, se atenta contra la armonía y la integridad vital del ser. En cierto grado y de cierta manera, la escuela viene haciendo eso.

Creo que es ese un concepto que hemos de tener presente los educadores, como guía en nuestras reflexiones y en nuestra actitud. Tú, por ejemplo, no vas a actuar en un individuo abstracto, al que se pudiera imaginar configurado de manera idealista como un concepto o una idea de hombre, sino que vas a tratar con un hombre concreto; el hombre real que está amasado de naturaleza y de una cultura de la que se ha nutrido su espíritu, su carácter, como su cuerpo se ha nutrido de las materias y jugos del medio natural que lo rodea. El maestro ha de tratar con el campesino, con un ser que es todo hechura de un medio cultural propio y específico. Y llamo cultura—sea pobre o rica—al acervo de creencias, costumbres, usos, tradiciones, gestos, ideales... que forma la sociedad rural, pequeña o grande; un hombre que es todo eso, sin que pueda vérselo de otro modo que como entidad única, de él y de su especial circunstancia. Y hay que apoyarse como educador en eso, que es lo real; e inclusive para desarraigar, tanto en el individuo como en la comunidad, cualidades desfavorables y para curar defectos, habrá siempre que partir de ellos.

El maestro rural ha de actuar en un grupo humano, en un grupo social con vida propia y característica; y todo grupo social—ya se nos ha dicho—, como un organismo, «tiende a subsistir, a perpetuarse, y se perpetúa transmitiendo a sus miembros nuevos, a sus hijos jóvenes, su acervo natural», como un árbol al que se le van muriendo ramas alimenta sus yemas nacientes y las hace crecer, comunicándoles la savia de su vida.

Firmes son los lazos con que un grupo humano entreteje y traba en común destino el espíritu de las generaciones maduras y el de las generaciones jóvenes, y el mecanismo y el camino por los que el grupo se perpetúa son los de la participación en tareas comunes y la comunicación. Del gran Dewey me recuerdas tú un párrafo en el que se dice aquello de que comunidad, comunicación y común, tienen ya en la lengua semejanzas que son profundas, de sentido, más que formales.

La gente de un pueblo o de una aldea, como grupo humano, tiende de manera natural, como organismo vivo, a crecer, a progresar, en un proceso espontáneo en el que intervienen ese mecanismo de la experiencia como aprendizaje, y la comunicación. Pero

si se quiere intervenir en ese proceso de crecimiento y de progreso, no se podrá hacer por otra vía que por la propia vida del grupo. No se puede pretender cambiar ésta de pronto, podándole de raíz la mentalidad común que han creado años y siglos y generaciones, porque ello sería secarle las fuentes vitales mismas; sería vano querer sustituir de pronto, a capricho, la mentalidad propia por otra distinta, como se cambia cosa postiza y quitadiza, que una cultura no es entidad de quita y pon; lo que se puede hacer de modo inteligente, y lo que hay que hacer con sentido realista es ayudar a modificar el medio, promover el enriquecimiento del medio vital, procurar que la experiencia y el trabajo, que constituyen la poderosa matriz de la transformación y el progreso humanos, se apoyen y se realicen en condiciones más favorables. Ayúdese a mejorar las condiciones del medio, ayúdese a enriquecer la experiencia y el trabajo en él, y el grupo humano vivirá y mejorará su vida sin peligro de desarraigo y desequilibrio.

Observa a este respecto, como una prueba extrema, lo que ha ocurrido en nuestro país: la Revolución ha hecho posible el cambio de mentalidad de las gentes o el que se hayan caído velos seculares que la encubrían, inclusive en los sencillos hombres analfabetos del campo. No se habría conseguido por proceso de lecciones teóricas, por forcejeo de unas ideas frente a otras en el plano teórico, lo que ha logrado la noble y viril transformación de realidades que nuestros actuales libertadores trajeron, en la que ha podido sembrarse y germinar la ideología de justicia y de estructura social nuevas.

Creo que tenemos que enfrentar el problema de la educación rural de nuestro país apoyados en esas reflexiones. Tenemos también que confesar la responsabilidad que supone el acertar como es debido en esa empresa de la educación popular rural. Quizás sería de mejor apariencia y más estimulante el fingir lo contrario, pero no tenemos por qué ocultar—tú, mi buen amigo, no lo ocultas—ese estado de ánimo preocupado—aunque optimista en el fondo—que se mantiene no en la actitud arrogante de quien cree tenerlo todo comprendido y resuelto, con una visión chata y vulgar, sino en aquella otra de quien mira seriamente una cuestión y una empresa de severos perfiles y de circunstancias y estructura complejas.

Pues el caso es que no sobran experiencias en otros pueblos que, para nuestra circunstancia, nos puedan servir suficientemente de

ejemplo y lección. Sin duda que ha habido buenas intenciones y estimables aciertos, pero yo creo que sin la amplia influencia y la difusión que requiere una cuestión de esa naturaleza en el plano nacional.

No se nos ha de ocultar tampoco que esta empresa de la educación en las áreas rurales, como tantas otras en la nueva etapa de la vida nacional que comienza a estructurarse pujante con la Revolución, se nos presenta con caracteres propios, originales y bien distintos de los que configuran el problema en otros países. Por eso mismo, además, considero que no todo lo que se ha intentado y realizado en otros pueblos puede servirnos de pauta para lo que es necesario hacer en el nuestro. Aquello que en países de América se ha iniciado—no siempre con apreciables resultados como era de esperar—en el ámbito de núcleos humanos subdesarrollados, de idiomas aborígenes, de vida miserable, casi primitiva, no puede servir entre nosotros sino como norma restringida, aunque resulten válidos los propósitos generales y las direcciones técnicas.

En Cuba tenemos que concebir hoy la educación rural con caracteres y con factores dinámicos que no se dan en otros países. El campo se transforma; el trabajo se transforma, los aislamientos desaparecen, surgen las agrupaciones, nacen núcleos humanos, las comunidades se organizan, crecen... ¿Qué estructuras docentes, qué elementos, qué organizaciones de trabajo en la escuela y fuera de ella habrá de desarrollar el maestro, los maestros en colaboración, para responder al impulso de esa transformación y ese progreso, y a la formación del ciudadano trabajador que va a reclamar la vida de la nación en nuestra época, rica de realizaciones, de proyectos y de esperanzas? Ahí estamos, en una situación nueva, de condiciones cambiantes, y el Ministerio de Educación se apercebe para enfrentar estructuras nuevas de concentración de escuelas, de formación de núcleos, de construcción de ciudades escolares para 20,000 entre niños y adolescentes cada una—¿tú te imaginas?—, y se preocupa por organizar una acción conjunta, cooperadora, organizada, de los educadores.

Todo ese panorama justifica bien la preocupación y el trabajo del Ministerio en una actitud no dogmática y aferrada a técnicas y principios más o menos probados en otros climas, sino alerta, despierta al cambio, a la adaptación y readaptación necesarias, a la

disposición de los medios y la preparación, tanto técnica como de ánimo, de los maestros, que han de asumir una vigorosa actitud patriótica, con una mentalidad capaz de comprender las nuevas formas de vida de nuestro pueblo, para adaptarse a ellas y servir las.

Porque hay que favorecer y organizar esa acción de servicio que tú estás deseoso de ofrecer de todo corazón. Sí, hay que organizarla y todos tenemos que tomar parte en eso. El trabajo del maestro, la misión que ha de cumplir el maestro rural sobre todo, no puede ser lo eficaz que ha de esperarse de él cuando se encuentra solo, aislado, sin el aliento cordial y la ayuda de los compañeros. Como toda obra educativa, es ésta de los medios rurales especialmente, obra de colaboración. El Ministerio se prepara a establecer esa colaboración, creando centros de estudio y de superación del magisterio sembrados por todo el país, pero todos hemos de querer y ayudar, porque es asunto principalmente nuestro.

El intercambio de experiencias, la ayuda y el apoyo fraternos, dan al ánimo confianza y lo elevan y le dan fuerza de entusiasmo para seguir y para seguir mejor. Tú y yo y todos hemos de empeñarnos en establecer ese contacto y esa colaboración que venzan las adversidades del aislamiento. Hemos de establecer, como algo que es necesario para vivir y trabajar, reuniones, cursos, conversaciones en las que se someta a juicio y a crítica leales la labor de todos, en los que se pida consejo y ayuda. ¡Ayuda! Vivir es con-vivir, y convivir es ayudarse mutuamente.

Todos hemos de hacer, amigo, por que el maestro no se sienta solo, por que sienta en su trabajo al amigo, al compañero, a su lado. Sólo cuando se haya logrado organizar y establecer con firme raíz cordial, con sustentación permanente la cooperación en grupo o en grupos que se sientan unidos por un mismo ideal revolucionario y un mismo trabajo, podremos estar seguros de nuestra capacidad de hacer labor profunda y útil. Unidos, principalmente, para el trabajo y por el trabajo; nada une tanto a los hombres como el trabajo en común, el común esfuerzo en un propósito unánime.

Por este camino que me voy abriendo como a campo traviesa y un tanto al azar, conforme voy contestando a tu carta, ya ves como venimos a topar con la ardua cuestión que se aparece a toda empresa educativa. Al hablarte «del trabajo de los educadores en un

propósito unánime», la interrogación salta y se presenta con su severo perfil: ¿Cuál es ese propósito que ha de mover a los educadores? ¿Qué finalidades u objetivos ha de perseguir y han de presidir la obra educativa? ¿Qué clase de educación postula el Estado para la nación en ese momento histórico, con previsión de necesidades inmediatas y de aspiraciones? ¿Cuáles son las cualidades del hombre, del ciudadano de nuestro país, que serían deseables para, partiendo de nuestras realidades y de la Revolución, realizar la vida nacional que se proyecta en la ilusión y en la esperanza?

Aludes en tu carta a la perplejidad que te deja en el ánimo toda esa serie de objetivos educativos más o menos generales y particulares que encuentras por ahí formulados con monótona reiteración, y a los que se les rinde un acatamiento un tanto beato. Yo convengo contigo en que, de algún tiempo a esta parte, en efecto, se ha difundido, sobre todo por aquí, por América, una general propensión a señalar objetivos en proposiciones cortas, como de recetario, y, unas veces por lo breves y otras por lo vacíos, el caso es que muchos de ellos no son más que palabras, y palabras ni siquiera buenas. Pero se los acepta como se aceptan los postulados de una ciencia, o se los reverencia, simplemente, porque se llaman objetivos; como ves, sin pensarlo mucho. Nuestros programas escolares, como los de otros países, están llenos de eso.

Pero es evidente que esa cuestión de los objetivos educativos, digamos generales, que hay que plantearse, es realmente ardua, y no me sorprende que, ante muchos de ellos, te sientas insatisfecho. Es natural. Piensa que la cuestión es de compromiso en sí, y es además dramática para los países que no pueden definir su claro y concreto destino, encubierto y falseado como está por mentiras convencionales y mediatizado por particulares intereses, y que han de pintarlo con el artificio de altisonantes y aturdidoras frases. Así ocurre con tantos países en los que se avienen a engañarse, postulando fines educativos idealistas y de vaga significación.

No quiero cansarte, trayendo aquí muchos de esos fines; basta con señalar algunos de los más generalizados y convenidos.

De buen tono es colocar a la cabeza el de la *educación integral de los individuos*, cuando la nación no dispone ni de escuelas ni de maestros sino para una parte de los ciudadanos—lo integral no ha

de referirse tan sólo al individuo, sino también a la totalidad, ¿no?—, y cuando las escuelas que tiene y las que crea no pueden ni con mucho responder a aquel propósito.

También es indispensable aquel de *capacitar para la vida democrática*, cuando la vida de la nación y la función del Estado son espejos de subversión de toda finalidad y todo principio democráticos.

No puede faltar el de *fortalecer el patriotismo y la conciencia de nacionalidad*, cuando el perfil de la nación se teje con intereses bastardos y cobardes, y cuando el patriotismo se basa en engaños y tiene que derivar en patrioterismo e insinceridad.

Ha de constar así mismo que la educación *ha de permitir al individuo aportar a la sociedad el máximo de sus posibilidades*, sin que se sepa a qué clase de sociedad se ha de servir, y si es o no deseable preparar para ese servicio, y hasta qué punto y cómo han de aportar aquellas posibilidades, bien indefinidas por cierto.

Cualquier Estado puede formular tesis de fines generales y aun particulares, hurgando en las condiciones y valores que se estiman generalmente deseables, y puede sentirse complacido y arrogante con un cuadro de objetivos que traslucen su desacuerdo radical con las condiciones, motivos e ideales de la sociedad para la que se establecen como hitos vagos e insinceros.

Pero he aquí que nuestro país, quizás como ninguno en el mundo, puede en estos momentos plantearse con radical sinceridad y con la máxima claridad objetiva, fines que están implícitos en los motivos cardinales del proyecto vital que le trazaron hijos preclaros y se dispusieron a realizar otros preclaros hijos que ponen en el empeño la vida entera. No ya vagos, insinceros y aun hipócritas proyectos, sino aquellos que todo el pueblo siente como suyos en su corazón y en su esperanza, porque en ellos late la honda norma moral cristiana que ampara un social y generoso humanismo.

Nosotros podemos esquivar idealismos vanos y librarnos del respeto por no pocos principios especulativos que, en su desmedida amplitud, diluyen y pierden su sustancia, y podemos, natural y confiadamente, señalar objetivos para nuestra educación nacional, que

derivan de los principios, las aspiraciones y el espíritu de nuestra Revolución.

He aquí un objetivo general que ya apunté antes, bien concreto, de bases firmes, de consentimiento amplio, de norte claro, de vigoroso motivo de acción para educadores y para educandos:

*Nuestra educación nacional ha de proponerse formar los ciudadanos de las generaciones inmediatas, que sean capaces de estabilizar, consolidar y llevar adelante los progresos sociales y de toda índole, cuyas bases está echando hoy la Revolución.*

Hay, como ves, en ese amplio propósito un programa bien real y concreto, que los hombres revolucionarios trajeron en su cabeza y en su corazón, guiados por el espíritu de nuestro Apóstol, y mantenido en un derecho conquistado en brava lucha y con el sacrificio de muchas vidas. No habría especulación filosófica que nos señalara con mayor claridad, con más justicia y más apasionada determinación el objetivo cardinal de nuestra educación, que alguien se encargará de analizar, sistematizar y formular.

Pero si reflexionas en lo que supone y sugiere ese principio normativo que las aspiraciones y propósitos de la Revolución nos ofrece como fuente clara y vigorosa de objetivos de la educación popular, concluirás que podemos considerarlo como la base firme y realista de los propósitos y proyectos del sistema de educación de nuestro pueblo.

Observa, además, que las cualidades del ciudadano deseable para nuestro país, esas a las que pueden servir de espejo los fines de la Revolución, están encarnadas en los hombres que conquistaron nuestra libertad y dirigen la reconstrucción de la patria.

Mira si no, por ejemplo, el fin ético de formar al individuo para la libertad, nutrido de una alta conciencia moral que asegure la manifestación de su personalidad y su sentido de solidaridad.

¿Qué clase de libertad más auténtica que aquella que trajeron en la mente y en el corazón los hombres heroicos de la Sierra, y que se mantiene como puntal y como ideal de la vida de la nación?

Es falaz hablar de la libertad de los hombres reducidos a la miseria, al hambre y a la ignorancia, y es legítimo y edificante y

ejemplar plantear la libertad como bien conquistable desde sus cimientos, asegurando a los hombres el trabajo y el pan y preparándolos para saber y para poder «ser honrados, y pensar y hablar sin hipocresía».

Nuestra Revolución ha planteado con sinceridad el problema de la libertad; todo un principio y un magno programa humano es el «pan con libertad y libertad sin terror»; un principio que puede servir de motivo ideal para todo pueblo y todo ciudadano.

Liberación de la miseria, liberación de la ignorancia, liberación de vicios y egoísmos, liberación de prejuicios, de mentiras convencionales, de mitos antiguos y mitos modernos, liberación de trabas expresivas... Ningún otro país como el nuestro puede enfrentar la conquista de la libertad con tan limpio y sincero sentimiento de humanidad, ni puede, con el ejemplo de la generación revolucionaria, ponerlo como espejo de las generaciones venideras.

Piensa en el fin cívico de afirmar el patriotismo en el alma de los hombres, con la formación de una clara conciencia nacional.

No es sincero, ni tampoco es útil, el tan cantado patriotismo vociferante con que no pocos gobiernos han ocultado la mentira y la miseria social o los intereses egoístas de rapiña y de dominio. Conciencia nacional no la hay cuando no hay unidad de destino sinceramente sentido por todos. Y no el destino adormecedor de los cantos y grandezas sin límites como el cielo, sino el destino de programa concreto y humano que se ha de conquistar y edificar con el común trabajo de que pueda sentirse orgullosa la patria; es decir, los hijos que la engrandecen.

Más aún: ¿qué gobierno como el de la Revolución, que pueda exhibir en su doctrina y en su actitud una más sincera decisión de solidaridad interamericana, de convivencia internacional, de consentimiento y cooperación para la paz?

¿Capacitar para la vida democrática? ¿Qué mayor ejemplo y norma real de democracia que la Revolución Cubana, distante de las pseudodemocracias capitalistas que se apoyan en «un injusto trato de los hombres y los subyugan, y de los regímenes totalitarios que sacrifican sus derechos»? La Revolución Cubana se orienta en un régimen de opinión pública y de libertad, hacia una democracia



humanista en que los derechos y la justicia no son meros conceptos y promesas, sino deberes y actitudes al servicio del bien de todos.

¡El hombre social! ¿Dónde está como en nuestra Revolución el vivo ejemplo para la formación del hombre social, de generosidad y de actitud de servicio, frente a los egoísmos y las aspiraciones individualistas? ¿Quién como los hombres de la Revolución, que se fraguaron en los máximos sacrificios de la lucha descomunal por la libertad y siguen dando la norma del trabajo sin tregua al servicio de los que más ayuda necesitan?

En nuestro tema de la vida rural, ¿quiénes pueden ser más claro ejemplo de simpatía por el guajiro, de decisión en dignificar su vida, de elogio y estimación de su trabajo, de más entusiasta alabanza de nuestros paisajes nacionales y de más devoción por la vida del campo, que los que han puesto en él y en sus hombres su corazón y su esperanza?

En cuanto a virtudes que podamos apetecer como otros tantos hitos educativos, ¿dónde como en nuestra Revolución se hallarán modelos ejemplares de austeridad, de honradez, de templanza, de humildad, de valor, de disposición al sacrificio, de actitud fraterna... méritos y virtudes de puro espíritu cristiano, martiano?

¿Dónde la reverencia por el trabajo, por el trabajo creador al servicio del ciudadano útil y de la nación? ¿Dónde mejor escuela de trabajo no individualista, sino de trabajo cooperativo, que es cifra y esperanza del progreso de la vida nacional?

¿Qué objetivos educativos pueden apetecerse más claros y sentidos que los que se derivan de la misma ideología de nuestra Revolución humanista, que es revolución del pueblo?

La Revolución ha dicho que quiere librar a los hombres de los miedos, de los prejuicios, de los criterios dogmáticos e intransigentes; se ha manifestado repetidas veces contra la mente armada de clisés de ideas falsas, convencionales e impersonales, en favor de una cultura personal, original y sincera que se forje frente a los hechos y en la vida, y respete las individualidades; y ha exaltado el valor de diferentes suertes de cultura, no sólo de la cultura teórica y del intelecto, sino de la cultura de la sensibilidad, del arte de construir, de la voluntad, del carácter... Ello supone una educación liberadora,

antidogmática, creadora de individuos de personalidad equilibrada; supone educación de la expresión personal, educación humanista, de comprensión del hombre, de fe en el hombre y al servicio de los hombres.

Nuestra educación habrá de reflejar todos esos valores; el carácter de nuestra escuela habrá de ser configurado por esos ideales. ¿Tú crees que hay otros superiores? ¡Ay, si pudiéramos llegar a realizarlos!

Y yo te digo que el maestro que no sienta y tenga todo ese caudal riquísimo de la vida nueva de Cuba como norte u objetivo cardinal de su función de educador, traiciona los ideales patrios de la Revolución.

Aquí viene tu carta a manifestar tus dudas y tus indecisiones más salientes, pues en lo que toca a tu disposición para responder a las exigencias de la Revolución, en lo que ella espera del ánimo del maestro, estás, como se dice ahora, «bien claro».

En esto otro dudas e insistes: en cómo hacer para que tu trabajo en la escuela refleje aquellos motivos y aquellos ideales que nos plantea la vida nueva de nuestra hermosa sazón nacional. Y en tus vacilaciones te acoges primero a aquella censura de que no hay unos Cursos de Estudios para las escuelas rurales, y a la esperanza luego de que vengan esos programas a servirte de guía y alivio.

No es tuya sólo esa actitud expectante, sino que te acompañan en ella centenares y miles de compañeros. Y la espera del remedio de los programas especiales, llega a mermar la decisión en el trabajo de muchos. ¡Como no tenemos Cursos de Estudios...! ¡Hasta que tengamos Cursos de Estudios...!

Ello es una consecuencia natural de la inercia de ideas y actitudes anteriores. Tú ya sabes que el sistema docente en general y sus particulares preceptos, así como las normas acostumbradas, inducían al maestro a guiarse rígidamente por los Cursos de Estudios, hasta el punto de que se compusieron textos para estudiar y contestar ordenadamente las lecciones o metas o lo que fuera, que los Cursos señalaban. Así, con la extremosa reverencia por los Cursos de Estudios, se arraigó el deplorable hábito de tomarlos como pauta cómoda, a pesar de lo mucho que se cantara la fidelidad al interés,

a las motivaciones, a la vida, a la persona, al medio... Todo insincero o convencional; lo cierto es que los Cursos de Estudios y los libros de texto lo dominaban todo e imponían su pauta impersonal.

No puede causarnos extrañeza ni a ti ni a mí ni a nadie, que ahora se siga esperando, con ese sentimiento de dependencia, el instrumento escrito que guía a todos con su autoridad, ni juzgada ni puesta en duda.

Pues bien, amigo mío; yo creo que uno de los prejuicios o convencionalismos de que hemos de tratar de librarnos los maestros, es ese del acatamiento a los Cursos de Estudios, pues éstos son como arma de dos filos; que si pueden ayudar, pueden también entorpecer y ser enemigos, según se los tome.

Imagínate que tú, ahí en tu escuela, te sometieras y te dejaras dirigir por lo que dispusieran unos programas, no hechos por ti, naturalmente, y prestablecidos. ¿Dónde quedaría aquello que tú mismo proclamas del conocimiento de tus niños y de las circunstancias de su vida en el barrio rural? ¿Cómo infundir auténtico carácter a la vida de tu escuela, si los motivos de la organización del trabajo en ella los calcas de perspectivas y normas ajenas?

Librate de prejuicios, mi buen compañero; disponte a mirar audazmente las cosas con sinceridad; reflexiona: un maestro inteligente como tú, en tu circunstancia, no necesita de Cursos de Estudios, como necesita de muletas para andar un tullido. No se va lejos con muletas, y estoy seguro de que a tus niños no les gustaría seguir tu marcha renqueante, cuando en ellos se agita intrépida la vida en afán de aventura.

Los Cursos de Estudios podrían servirte de indicación de medidas y límites del aprendizaje de algunas técnicas y adquisiciones escolares, según capacidades comprobadas para aprender en las distintas edades; podrían proporcionarte sugerencias más o menos concretas para el trabajo; pero si los tomas para seguir los minuciosos temas y pasos en que suelen consistir, entonces te servirán de auténticas y firmes muletas.

Yo tengo aquí, a mano, cuando te escribo, algo que me viene bien aprovechar. Aquí están las conclusiones del Congreso Nacional de Maestros Rurales, celebrado en agosto último. Entre los muchos y valiosos acuerdos de este Congreso, yo reparo en una norma téc-

nica que se aconseja para la escuela rural, que dice: «La vida del niño en la vida de la comunidad como base y raíz del trabajo escolar». He ahí un amplio programa latente, que el maestro y no los Cursos de Estudios, puede suscitar y hacer patente. La vida del niño en la vida de la comunidad; es decir, que ésa es la cantera real y la única auténtica en la que han de hallarse el origen y el apoyo de la actividad docente. Fíjate en que, inclusive aquello que en la escuela se aprende de manera más precisa y determinada, en el sentido del orden que se sigue en el aprendizaje, el lenguaje y el cálculo, tiene que partir de la experiencia vivida, y se desarrolla siempre con más razón y más seguridad cuando tiene su raíz en la vida. Repara en que el conocimiento que se va construyendo en cada individuo es conocimiento de él y de su mundo; de un mundo que se va ampliando desde el ámbito familiar y local, que es la auténtica realidad primera. Y ese mundo de tu barrio campesino tiene su genuina sustancia, tejida de trabajos, de ilusiones, de pesadumbres, de esperanzas, de hábitos, de creencias, de cultura... Tú mismo, con una sensibilidad que te conozco bien, me hablas de tu asombro y tu emoción ante esa bondad esencial y ese saber profundo, intuitivo, de los campesinos, que no parece sino que tuvieran sus sentidos y su organismo todo fundidos con la sustancia y los latidos y el orden de la Naturaleza. Es ésa una cultura, más bien una sabiduría, que la falaz y canija cultura teórica de muchos intelectuales ha despreciado o no ha sabido ver, pero que es filón riquísimo y base firme del valor y la energía del espíritu. Grave error sería para un educador ignorarla y no partir de ella para depurarla y engrandecerla.

Y eso es lo que debes hacer. Húndete en ese pequeño pero recio mundo de los que te rodean; llega en comprensión y ayuda a su humildad, a sus agobios, a sus trabajos, a sus alegrías, a sus penas, a su bracear para vivir. ¡Qué amplio y rico caudal de cosas, de hechos, que son base auténtica y motivo de acción, de reflexión, de experiencia, de enseñanza...! Los Cursos de Estudios ni siquiera podrían prever lo que tu escuela ha de plantear y desarrollar como asunto concreto de trabajo y de estudio, porque esto no ha de ser cuestión de previo convenio ni de conveniencia escolar, sino consecuencia de los motivos y circunstancias de la vida que te rodea, que es genuina y única.

No hagas caso de quien te venga a decir que esa vida rural pobre y limitada no puede ser cantera suficiente de todo lo que la cultura escolar propone. Tú sabes que sí; tú sabes que esos reparos son propios de personas que nunca hicieron gran cosa por ser cultas, y, faltas de apoyo cultural, no son capaces de discurrir sin andadores o muletas por estos caminos del trabajo docente. Tú sabes que un grupo humano del campo, por pequeño que sea, es vivo organismo tejido de lazos y motivos de vida social. La función del educador es ayudar a que ese brote vivo se desarrolle lozano y ascienda hacia el aire y la luz. En ese humilde organismo y en el debatirse en el medio natural están como en compendio y germen los elementos de una cultura humana que tiende a crecer y a ensancharse. El deber del maestro es hacerse culto para que su ayuda sea lo más firme y amplia posible. No hay por qué concebir la cultura del campesino limitada a la vida del campo. El niño campesino tiene igual derecho a cultivar su inteligencia que el de la ciudad. Es cierto que los puntos de partida y los procesos son distintos en ambos, pero no hay desventaja esencial en los del campesino, y no tenemos por qué concebir a éste limitado y con una vida forzosamente pre-determinada. Sin atentar contra la trama con que están tejidas la condición y el alma del campesino, puede y debe aspirarse a que se enriquezca con la cultura general de su tiempo, del modo más amplio que sea posible. Hombre del campo y hombre culto no han de ser conceptos antagónicos. El maestro rural ha de vivir en sincera adhesión a la vida del campo y en servicio de la educación de los hombres de la tierra, pero tiene que ser también hombre culto, con mentalidad que trascienda el ambiente rural, capaz como maestro de ambiciones culturales en la escuela que sobrepasen con mucho la pobre instrucción mínima con que algunos se conforman.

Me parece muy natural que te preocupes de cómo podrás librarte y librar a tus alumnos de las rutinarias labores escolares, y que preguntes y pidas consejos para trabajar de otra manera. Tu preocupación es la de tantísimos otros maestros que, en su natural perplejidad, esperan que les venga dada la solución en unos Cursos de Estudios, como en una fórmula. Y yo te aseguro que no es cuestión de fórmula el renovar y transformar de raíz, como a veces es necesario, el trabajo que se hace en la escuela; no es cuestión de fórmula, sino de elaboración inteligente y tenaz, y, desde luego,

no es cosa que dependa de remedio ajeno y como de prestado; la solución no ha de venirte de fuera; la solución está en ti.

No es nada fácil dar con una nueva forma de organizar el trabajo escolar que destierre verbalismos, rutinas y artificios inútiles de la corriente escuela tradicional, pero si esa transformación ha de llevarse a cabo, nadie la hará en definitiva si no es el maestro mismo, que es el que actúa en esa realidad y trabaja en ella y puede transformarla. Porque ya te digo que no se trata de fórmula metódica, ni de plan que se te ofrezca elaborado; sino que es empresa de laborioso proceso, de prueba, de tanteo, de experiencia, de práctica inteligente del maestro en la realidad viva y auténtica con la cual trabaja. Obra del maestro, y más aún de los maestros en colaboración; de experiencia colectiva más que de aislado trabajo desvalido, expuesto al desdén y al desaliento.

Hay que trabajar, amigo mío, y no poco, para llegar a establecer una nueva organización de la vida de la escuela, unas actividades distintas, de nuevo carácter y de nueva entraña, que garanticen la formación de nuestros niños y del hombre digno de nuestra época. Si no lo intentamos y no nos comprometemos en el empeño, no cumpliremos con lo que nuestro país espera de nosotros en estos momentos. La reforma de la enseñanza, tan deseada, no es el mero esquema de los planes ni las normas que el Gobierno Revolucionario dispone; la reforma de fondo la han de hacer los educadores; en lo que toca a la educación primaria, ellos han de llegar a descubrir y elaborar nuevas técnicas docentes que invaliden el artificio rutinario de las lecciones, del aprender palabras, de las nociones teóricas sin sentido y de no pocas ineptias que la escuela se esfuerza en enseñar con asombrosa seriedad.

¿Qué podemos hacer los maestros primarios?

En primer lugar, disponernos para el nuevo trabajo en colaboración, y partir sin más indecisiones con nuevos propósitos, por nuevos caminos que tendremos que ir abriendo con nuestros propios pasos cuando sea necesario; con andar lento, pero seguro. Las nuevas cimas no se pueden conquistar sin un esfuerzo persistente que vaya desbrozando rutas y ganando escalones firmes. Paso a paso y con extremada cautela hemos de ir abriendo camino, con nuestro trabajo cien veces juzgado y sometido a prueba.

Y no es que hayamos de partir de cero y desvalidos en nuestra empresa. Experiencias hay en que podemos apoyarnos, conquistas comprobadas aprovechables y, además, no todo lo de la técnica escolar tradicional es inservible; mientras tratamos de alcanzar un progreso parcial en cualquier trabajo, habremos de seguir dependiendo en otros de los modos e instrumentos que conocemos y nos son familiares.

Insisto en mi consejo de que procedas paso a paso, cautelosamente, y de que no pretendas reformarlo todo de pronto, lo que podría llevarte al fracaso. Proponte al principio unos pasos de avanzada, y asegúralos antes de aventurarte en nuevas sendas.

¿Qué te puedo aconsejar, concretamente?—me preguntas—. He aquí lo que sugiero como programa inmediato:

Procura que tu escuela se organice en estructura cooperativa. Crea la Cooperativa Escolar. La Ley y las Normas de Cooperativas Escolares, que ha editado en un folleto el Ministerio, te servirán de sugestión y guía valiosas. El trabajo del huerto, la cría de gallinas, el cuidado de la colmena, las humildes ocupaciones del taller, los programas de estudio del medio y la intervención en las condiciones de la vida del grupo humano a que sirves, son actividades y motivos que, por sí mismos, llevan naturalmente a la organización cooperativa del trabajo.

Por experiencia te digo que la vida de tu escuela se transformará con ello favorablemente. La disciplina, eso que llaman disciplina y que no es sino resultado de la organización del quehacer de todos, tendrá así la solución óptima. La disciplina autoritaria es un fracaso, por mucho que algunos la elogien. En los regímenes tiránicos que los pueblos han sufrido y sufren aún, puede parecer normal y natural, pero es un contrasentido ante las perspectivas y tendencias democráticas. La escuela autoritaria es un anacronismo en los Estados democráticos. Piensa además en los proyectos de vida y de trabajo con que la Revolución construye el destino de nuestro país, y te darás cuenta de la importancia que tiene el que, ya desde niños, se eduque la actitud y el ánimo de los ciudadanos en la disciplina del trabajo cooperativo.

Haz por que la labor educativa que lleves a cabo esté fundada básicamente con los motivos y realidades del medio natural y del

medio social en que tu escuela vive. En éstos has de encontrar los puntos de partida más valiosos de la labor escolar, porque ellos son la realidad y la vida auténticas. El trabajo en esa realidad y en esa vida ha de ser el origen del cual nazcan y el eje en torno al cual giren los programas de estudios. Piensa que toda otra enseñanza desligada de la realidad y de la vida es formal y vana y en gran medida inválida, por muy recomendables y perfectos que sean los métodos y los textos de que quieras derivarla. La realidad y la vida como punto de partida y de apoyo, y, como medio, el trabajo, la acción; el trabajo que no se tiene corrientemente por escolar, el del campo y el taller y la cría de animales y el de cualquier construcción; que ésa es experiencia real de la que se derivan reflexiones y enseñanzas «teóricas», o escolares si quieres. Recuerda aquello de Martí: «En campos como en ciudades, urge sustituir al conocimiento indirecto y estéril de los libros, el conocimiento directo y fecundo de la naturaleza». «Por la tarde, la pluma, pero por la mañana, la azada». Es decir, primero la acción en la realidad, la experiencia; después, reflexionar sobre ella.

Primero, y como base, la realidad y la vida. Y como ayuda de la acción en ellas, y a veces como camino para dar con ellas, la expresión libre de tus mismos alumnos. Que esa realidad y esa vida, cuando no estén presentes, entren en la escuela por lo que tus niños expresen. Que cada niño diga o escriba o dibuje sinceramente, con naturalidad, lo que ha hecho, lo que ha visto u oído, lo que le ha ocurrido a él o les ha ocurrido a los demás, lo que ha pensado o piensa, lo que ha deseado o desea, lo que ha soñado... Hay una técnica escolar de la expresión o de la composición libre, que debería ser, con los trabajos de las manos y los brazos, lo primero y la base y el origen de la mayor parte de las ocupaciones y aprendizajes escolares. Espera, que yo te he de mandar enseguida instrucciones y sugerencias que te servirán para dirigir del mejor modo posible la composición libre y para explotar las amplias y ricas posibilidades de trabajo y de aprender que pueden surgir de ella.

Si puedes de alguna manera recoger y reproducir los textos y dibujos libres de tus niños—¡ah, si tuvieras una imprenta o un aparato de multicopia!—, haz un sencillo cuaderno, como revista que refleje la vida de tu escuela, y ponte en relación con otras es-

cuelas para establecer el intercambio. Pero un intercambio que sea permanente, sistemático, como uno de los elementos mayores de vuestro currículum. Quizás no puedas darte exacta cuenta, sin haber hecho la prueba, de las amplias posibilidades que te ofrecerá ese intercambio escolar para vivificar y llenar de sentido muchas de las enseñanzas. ¡Ah!, y como no es bueno ofrecer tan sólo palabras y consejos, te diré que el Ministerio te proporcionará el material de la imprenta escolar que necesites, si en realidad estás dispuesto a emprender ese trabajo.

En cualquier escuela, pero más en las que, como en la tuya, están formadas por grupos diversos de niños, por alumnos de distintos niveles, hay que valerse de medios que individualicen los trabajos; de planes y de instrumentos que hagan eso posible. Ésa es una de las tareas que los maestros hemos de resolver en colaboración. Pues conseguir que los niños trabajen solos con provecho, cuando el maestro no los dirige personalmente, es cosa de que se habla en el plano teórico, pero que no se consigue en la realidad, si no se crean medios, instrumentos que hagan posible esa suerte de trabajo. La técnica de la individualización docente necesita un material concebido y construido con ese propósito. Y no es con palabras ni con teorías como se resuelve la cuestión, sino con la prueba, con la experiencia, con el trabajo en la realidad de la escuela; con el trabajo de los maestros en grupo, con el trabajo de cooperación.

Para comenzar a resolver técnicamente en tu escuela esas ventajas del trabajo individualizado, tendrás que proveer a tus niños de una biblioteca, siquiera sea sencillísima, de una colección de libros de distintas materias, si bien corta, cuidadosamente seleccionada. Además, entre los niños y tú podéis imponeros la tarea de formar un fichero de documentación. El material anda por ahí perdido en revistas que te mandarán tus amigos, si se las pides. Esa documentación que proporciona un fichero abundante de láminas y textos, bien clasificados para que aparezcan cuando se los necesite, constituye ciertamente una ventana sobre el horizonte del saber y de las infinitas cosas del mundo, y un excelente medio de trabajo.

Para otro orden de cosas que aprender, habrá que descubrir y crear nuevos instrumentos adecuados. Como muestra de un material

nuevo, no tardarás en recibir del Ministerio unos ficheros auxiliares del aprendizaje del cálculo y del razonamiento aritméticos, que os habrán de servir a tus niños y a ti como valioso medio de trabajo. Es un material de uso colectivo para el aprender individualizado, que es todavía poco usado y poco conocido en los contados países donde se ha ensayado. Podemos todos nosotros trabajar en adelante por mejorar ese material y por perfeccionar y ampliar esas técnicas.

He ahí, amigo mío, lo que por ahora me parece bueno aconsejarte en un discreto proyecto de renovación de la vida y la estructura del trabajo de tu escuela. Discreto proyecto, pues hay que apuntar a conquistas parciales y bien firmes, que hay que ir ampliando y completando poco a poco y con seguridad. Me parece que, por ahora, el resumen de tus propósitos de renovación y progreso, podría ser:

- a) Estructura cooperativa de la escuela.
- b) El trabajo en las realidades y en la vida de vuestro medio natural y social, como base y origen de programas y ocupaciones docentes.
- c) La expresión libre—dibujo, expresión oral, composición escrita—como complemento del anterior recurso.
- d) Organización de la correspondencia interescolar.
- e) Ficheros y otros medios de individualización del trabajo.

Pensarás quizás que son propósitos expuestos de modo harto general, para cuya realización se necesitarían normas e informaciones detalladas. Sí, convengo en ello contigo, pero te anuncio que el Ministerio de Educación ofrece ya esas normas en sus publicaciones, proporciona materiales, y organizará cursillos para los maestros. Además, puedes contar, pueden contar todos los compañeros, con la disposición entusiasta del Ministerio de Educación en favor de la renovación y el progreso escolares, considerados como condición de los proyectos con que el Gobierno Revolucionario concibe el destino de nuestro país. El Gobierno Revolucionario, yo te lo puedo decir, espera confiado en que los maestros cubanos res-

ponderán con su buen ánimo y su disposición activa a los designios de la Revolución.

Ya ves, mi buen amigo, que me he extendido en contestarte más de lo que parece discreto; pero me he dejado llevar por la ilusión de que, por lo menos, veas en mi carta mi sincero deseo de servirte.

Y con esto, ¡Cuba y, adelante!

#### H. ALMENDROS





*ser cultos  
para  
ser libres*